

# A TRAVES DE LA IGLESIA

## “... con María, la Madre de la Iglesia”

**J. A. de Aldama**

Fue un bello sueño del Papa, y se ha realizado.

Rodeado de los Padres Conciliares oró Pablo VI a Nuestra Señora el 11 de octubre del año pasado en su Basílica romana: “Oh María, mira a la Iglesia, mira a los miembros más responsables del Cuerpo Místico de Cristo, agrupados junto a Tí para reconocerte y celebrarte como su mística Madre... Haz, oh María, que esta Iglesia de Cristo y tuya, al definirse a sí misma, te reconozca por su Madre, hija y hermana escogida, por modelo incomparable, su gloria, su gozo, su esperanza” (1). Era el sueño del Papa: que en la reflexión honda que hacía la Iglesia de sí misma, se encontrase fontalmente unida a María, viera en María a su Madre.

El sueño pontificio no fue sólo de un día. Pocas fechas después, en la Basílica de San Clemente, volvía a verse la figura de la Madre de la Iglesia evocada por el Papa: “Confiamos el éxito de nuestra invocación a la Madre de la Iglesia, María Santísima” (2).

Todavía, un poco después, el sueño se hizo casi obsesionante. ¿No estaría ahí la clave para resolver la difícil desunión conciliar aparecida en la votación mariana del 29 de octubre? “Esperamos que el Concilio hallará la solución mejor: que a una voz y en crecida piedad se reconozca el puesto singularmente eminente que pertenece a la Madre de Dios en la Santa Iglesia; el puesto más alto después del de Cristo, y a la vez el más cercano a nosotros. Así podremos llamarla Madre de

la Iglesia para honra suya y para consuelo nuestro" (3).

El bello sueño, intuición esperanzada y sugerente, no se desvaneció. Corrían los días en que la comisión teológica del Concilio ultimaba el texto mariológico que había de presentarse a la tercera sesión. Pablo VI lo sabía, y en la audiencia del 27 de mayo último no pudo contener la expresión sentida de su ilusión íntima: "María es mucho más que figura de la Iglesia. Su elección está ligada a la de la humanidad redimida. Bastaría recordar su presencia en el Cenáculo el día de Pentecostés, aquella fecha que era para María una nueva y terminal plenitud de gracia, y era para la Iglesia el momento inicial en la efusión de la gracia, algo así como el nacer a la vida del Espíritu Santo. Es decir, que también por este título puede considerarse y honrarse a la Virgen como Madre de la Santa Iglesia, de la Iglesia que lleva también el dulcísimo y altísimo nombre de Madre, la Madre Iglesia" (4).

Una vez más aún se dibuja ante el Papa la Madre de la Iglesia. Se diría que todo se la evoca a su gran corazón en acuciada conciencia eclesial. Reza el Angelus con sus hijos reunidos en la plaza de San Pedro el 11 de octubre. La fecha hace surgir al fondo un concilio que proclamó a María Madre de Dios. En el primer plano otro concilio, y María, y una maternidad más dilatada. "María no es solamente Madre de Dios, sino también Madre de la Iglesia y de toda la humanidad" (5).

Y el sueño se ha hecho consoladora realidad el 21 de noviembre último.

Fue el día en que la Iglesia "se definía a sí misma". Al contemplarse profundamente, había sorprendido en su intimidad de siempre afectos de piedad filial para con Nuestra Señora, en quien, por lo mismo, había visto desde siempre a su Madre. El Papa lo subrayó magistralmente. Y en el primoroso párrafo de su discurso, honda teología de doctor y ungida ternura de hijo, Pablo VI declaró: "Para gloria de la Virgen y nuestra satisfacción, proclamamos a la Santísima Virgen María Madre de la Iglesia, Madre de todo el pueblo de Dios, de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosísima. Deseamos que con tan dulce título sea desde ahora más honrada la Virgen y más invocada por todo el pueblo cristiano".

El Papa ha explicado que no decía nada nuevo. Realmente en su voz resonaban entonces los ecos de otra voz amiga y bondadosa. Juan XXIII se lo había repetido muchas veces a la Iglesia en los cortos años de su pontificado. A Italia: "Confiamos que todos los italianos veneren en Ella con renovado fervor a la Madre del Cuerpo Místico" (6). Al Ecuador: "María es Madre de Dios y Madre nuestra. Es la Madre de la Iglesia y contribuye con su oración omnipotente y con las gracias que derraman sus manos sobre el mundo a la siembra y expansión de la semilla evangélica" (7). A toda América: "Con deslumbres de claridad celeste, irradiada del Sol de justicia, Cristo Nuestro Señor, se os presenta María a vosotros, que en estos días habéis estudiado los privilegios y prerrogativas de la que es Madre de la Iglesia" (8). A Francia:

(1) AAS. 55 (1963) 873.

(2) Alocución del 17 de noviembre (AAS. 55 [1963] 1039).

(3) Discurso de clausura de la segunda sesión conciliar, 5 de diciembre 1963 (AAS. 56 [1964] 37).

(4) L'Osservatore Romano, 28 de mayo 1964.

(5) Radio Vaticano el 11 de octubre 1964.

(6) Radiomensaje al XVI Congreso Eucarístico de Italia, Septiembre 1959 (AAS. 51 [1959] 713).

(7) Radiomensaje al Ecuador, diciembre 1959 (AAS. 52 [1960] 52-53).

(8) Radiomensaje al I Congreso Mariano Interamericano, noviembre 1960 (AAS. 52 [1960] 280).

“Corporalmente Madre de Cristo y espiritualmente Madre de su Cuerpo Místico que es la Iglesia, es realmente la Madre de Dios la misma que es nuestra Madre” (9). A la Iglesia toda en una confianza de su propia alma: “El rodar de las vicisitudes humanas, propicias unas a nuestras empresas, adversas otras o indiferentes, no podrá nunca exaltarnos desmesuradamente ni deprimir nuestras energías, que cuentan sobre todo con la intercesión de la Madre inmaculada de Jesús: Madre de la Iglesia y dulcísima Madre nuestra” (10).

Ya antes había escrito León XIII, aludiendo a los cuidados maternos prodigados por María a los Apóstoles en el Cenáculo: “Verdaderísimamente Madre de la Iglesia y Maestra y Reina de los Apóstoles, a quienes regaló las divinas enseñanzas que conservaba en su corazón” (11). Y todavía antes había enseñado Benedicto XIV con palabras que parecen resonar hoy en el capítulo XIII de la Constitución conciliar: “La Iglesia Católica, enseñada por el magisterio del Espíritu Santo, siempre y con cuidado esmeradísimo ha profesado afectos de filial piedad hacia María, la Madre amantísima que su Divino Esposo le dejó al morir” (12).

Un recuento de textos de la tradición eclesiástica con el título de “Madre de la Iglesia” nos haría ascender hasta el siglo XII, cuando un escritor del que sólo se conoce el nombre, Berengaud, estampaba esta frase: “Podemos ver aquí en esta Mujer a María, porque es la Madre de la Iglesia, ya que dio a luz al que es Cabeza de la Iglesia” (13).

Muy poco después, cantaba un himno litúrgico: “Oh Virgen Madre de la Iglesia, puerta de la gloria eterna! Ruega por todos nosotros, que celebramos tu fiesta” (14).

Desde entonces el sugestivo título mariano se ha ido repitiendo a lo largo de los siglos. Basten estas líneas del gran Scheeben: “María está más íntimamente unida a Cristo que la Iglesia. La unión con la Iglesia se la comunicó María a Cristo, y es por ello la Madre de la Iglesia” (15). Con toda razón ha afirmado Pablo VI que no decía nada nuevo.

Ha dicho igualmente que la maternidad de María constituye el principio fundamental de sus relaciones con la Iglesia. La afirmación es del mayor interés para la Mariología. Por encima de la evidente tipología, más allá de la innegable ejemplaridad, existe algo definitivo e irrenunciable, algo fundamental: María, antes de todo, es Madre de Jesús; del mismo Jesús que ya entonces en el seno virginal era y actuaba como Cabeza de la Iglesia. Con Él estaban allí místicamente los miembros todos de su Iglesia, vitalmente solidarios con la Cabeza. San Pío X lo enseñó así, literalmente, al pueblo cristiano (16). Al mismo pueblo de Dios, pastores y fieles, a quienes tantos siglos antes explicaba exultante San León Magno una noche de Navidad: “La generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano; el nacimiento de la Cabeza es nacimiento del Cuerpo Místico” (17). Es el pueblo cristiano, es la Iglesia, quien nace del seno de María cuando nace de

(9) Radiomensaje al VII Congreso Nacional Mariano de Francia, Julio 1961 (AAS. 53 [1961] 505).

(10) Alocución en la Basílica Liberiana, 8 diciembre 1960 (AAS. 53 [1961] 35).

(11) Encíclica *Audiricem populi*, 1895 (Acta Leonis XIII 15, 302).

(12) Bula *Gloriosae Dominiae*, 27 septiembre 1748 (Bullar. Romani continuatio 2.428).

(13) In *Apoalypsim* 12,1 (PL. 17, 960).

(14) La estrofa está en el famoso códice del Antifonario de Hartker entre las adiciones hechas en el siglo XIII.

(15) *La Mère virginale du Sauveur* cp. 15 p. 197.

(16) Encíclica *Ad diem illum* (Acta Pii X 1, 152). Cf. Pío XI, Encíclica *Lux veritatis* (AAS. 23 [1931] 514).

(17) Sermón 26, in *Nativitate Domini* 6,2 (PL. 54, 213).

él su Cabeza, Cristo. Madre de Jesús, María es la Madre de su Cuerpo Místico, es la Madre de la Iglesia.

La maternidad espiritual de María la ha visto el Magisterio eclesiástico proclamada en las palabras de Jesús a San Juan: "Ahí tienes a tu Madre". Pero es claro que Jesús en aquellos momentos no veía a los hombres aislados y dispersos, sino misteriosamente unidos en un Cuerpo, en la sociedad sobrenatural, fruto de su sangre redentora, que muy pronto iba a brotar de su costado abierto. Los veía reunidos en la realidad de la Iglesia. Y era a la Iglesia a quien decía: "Ahí tienes a tu Madre". Pablo VI en su discurso ha aludido también a este extremo.

El Medievo dedicó atención especial a la acción maternal de la que se solía llamar entonces "Madre de los Apóstoles", "Maestra de los Maestros", "Madre de nuestra fe", "Inicios de la Santa Iglesia" (18). Con bellos trazos acotaba Amadeo de Lausana: "Quiso Jesús que al irse al Padre tuvieran los Apóstoles el consuelo y la instrucción de una Madre. Y con maravillosa piedad miró por la Iglesia primitiva, para que al perder de sus ojos corporales la presencia de Cristo, se recrease con la vista gozosísima de su Madre" (19). Un mosaico de Montserrat, bajo el epígrafe "Mater Ecclesiae" ha perpetuado esa solicitud maternal.

Es Pablo VI quien ha dicho que a nadie pueden interesarle más las peripicias de la Iglesia peregrinante, que a

María (20). Y es Benedicto XV quien ha subrayado que "la Iglesia tiene conciencia de encontrar siempre en María a la que acostumbra a llamar Madre, Madre de gracia y misericordia" (21).

Toda esta teología desemboca en el misterio de María. Misterio de perenne paradoja. Hija de Dios y Madre de Dios, Esclava y Esposa, Virgen y Madre, redimida y asociada en su obra al Redentor, beneficiaria de la mediación de Cristo y Medianera ella misma, creatura y en "afinidad" con el Creador, esencialmente defectible y del todo santa e inmaculada, perteneciente toda a la esfera humana y poseída toda de Dios. En esa misma paradójica visión de su realidad inefablemente compleja, María es también miembro de la Iglesia y es a la vez su modelo, su figura y su Madre. Interioridad y exterioridad, inmanencia y trascendencia en la órbita eclesial, una prueba más de la singularidad única que quiso el Señor caracterizase a su Madre.

El 11 de octubre de 1962 entraban los Obispos del orbe católico en el aula conciliar "con María, la Madre de Jesús", según consigna de Juan XXIII. El 21 de noviembre de 1964, —es comentario de Pablo VI— han salido de allí "con María, la Madre de la Iglesia". Se diría que la solicitud maternal del Cenáculo ha reaparecido gozosa en el Vaticano al calor vital de la reflexión hecha por la Iglesia sobre su propia realidad sobrenatural. Los Apóstoles, en Pentecostés, "con María, la Madre de Jesús"; sus sucesores de hoy, en el Vaticano, "con María, la Madre de la Iglesia".

(18) Cf. A. Piolanti, *María e il Corpo Místico* 157-167.

(19) Homilía 7, de *Morto et Assumptione B. Virginis* (PL. 188, 1337).

(21) Encíclica *Fausto appetente die* (AAS. 13 [1921] 334). Cf. León XIII, Encíclica *Magnae Dei Matris* (Acta Leonis XIII 12, 232).

(20) Homilía in ritu Coronationis (AAS. 55 [1963] 619).